

BERNARD LEWIS

# LAS RAÍCES

# DE LA IRA MUSULMANA

*Especialista en la historia del Medio Oriente y autor de más de diez libros sobre el tema (recientemente Las identidades múltiples de Oriente Medio, Siglo XXI, 2000), Lewis expone en este ensayo —ya clásico para la interpretación del mundo islámico— las razones que han llevado a muchos musulmanes al rechazo violento del secularismo y la modernidad.*

**E**L ISLAM ES UNA DE LAS GRANDES RELIGIONES DEL MUNDO. COMO historiador del Islam que no es musulmán, voy a permitirme ser muy explícito acerca de lo que quiero decir con esto. El Islam ha dado consuelo y paz espiritual a millones de hombres y mujeres. Ha otorgado dignidad y sentido a vidas ordinarias y empobrecidas. Le ha enseñado

a gente de razas diferentes a vivir fraternalmente y a gente de credos distintos a vivir junta con suficiente tolerancia. Fue el origen de una gran civilización en la que otros, además de los musulmanes, desempeñaron vidas creativas y útiles, y que, por sus logros, enriqueció al resto del mundo. Pero el Islam, como otras religiones, también ha pasado por periodos en los que ha suscitado en algunos de sus seguidores una actitud de odio y violencia. Para nuestra desdicha, una parte del mundo musulmán está pasando ahora por uno de estos periodos y mucho de ese odio, aunque no todo, está enfocado hacia nosotros.

A veces el odio sobrepasa la hostilidad y se concentra en intereses específicos, en acciones o políticas o, incluso, en países, y se convierte en un rechazo de la civilización occidental; no sólo de lo que ésta hace sino de lo que es y de los principios y valores que practica y profesa. Éstos, de hecho, se perciben como un mal innato y a quienes los promueven o aceptan se les ve como “enemigos de Dios”.

Esta frase, que se reitera tan frecuentemente en el lenguaje de los líderes iraníes, tanto en sus procesos judiciales como en sus pronunciamientos políticos, debe resultarle muy extraña al

de fuera, sea religioso o secular. La idea de que Dios tiene enemigos, y de que necesita la ayuda humana para identificarlos y deshacerse de ellos, no es fácil de asimilar. Sin embargo, no es del todo ajena. El concepto de los enemigos de Dios es común en la Antigüedad preclásica y clásica, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento y también en el Corán.

El Corán es estrictamente monoteísta y reconoce a un Dios y a un solo poder universal. En el corazón humano se entabla una lucha entre el bien y el mal, entre los mandamientos de Dios y el tentador, pero se concibe como una lucha decretada por Dios cuyo desenlace predetermina Dios, como una prueba para la humanidad, y no, según algunas viejas religiones dualistas, como una lucha en la que la humanidad debe desempeñar un papel crucial para conseguir la victoria del bien sobre el mal. A pesar de este monoteísmo, durante varias etapas el Islam, como el judaísmo y el cristianismo, estuvo bajo el influjo, sobre todo en Irán, de la idea dualista de un choque cósmico entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, el orden y el caos, la verdad y la mentira, Dios y el Adversario, llamado diablo, Iblis, Satán o con otros nombres.

### *El surgimiento de la Casa del Infiel*

En el Islam la lucha entre el bien y el mal muy pronto adquirió dimensiones políticas e incluso militares. Mahoma, como se recordará, no sólo fue profeta y maestro, como los fundadores de otras religiones, sino también jefe de una organización política y de una comunidad, dirigente y soldado. Por consiguiente, su lucha incluía a un Estado y a las fuerzas armadas. Si los combatientes de la guerra por el Islam, la guerra santa “en la senda de Dios”, luchan por Dios, se deduce que sus adversarios luchan en contra de Dios. Y dado que Dios es en principio el soberano, el jefe supremo del Estado islámico –y del Profeta y, luego del Profeta, de los califas que son sus vicerregentes–, entonces Dios como soberano está al frente del ejército. El ejército es el ejército de Dios y el enemigo es el enemigo de Dios. El deber de los soldados de Dios es enviar lo más pronto posible a los enemigos de Dios al lugar donde Dios los castigará; es decir, al trasmundo.

La división básica de la humanidad, tal como la percibe el Islam, guarda una estrecha relación con lo anterior. En la visión clásica del Islam, que ahora muchos musulmanes empiezan a retomar, el mundo y toda la humanidad se dividen en dos: la Casa del Islam, donde prevalecen la ley y la fe musulmanas, y el resto, llamado la Casa del Infiel o la Casa de la Guerra, a la que los musulmanes tienen el deber de conducir hacia el Islam. Pero la mayor parte del mundo sigue estando fuera del Islam y, según el parecer de los radicales musulmanes, incluso dentro de las regiones islámicas se ha socavado la fe del Islam y se ha anulado su ley. En consecuencia, la obligación de la guerra santa empieza en casa y se extiende hacia fuera, contra el mismo enemigo infiel.

Como todas las civilizaciones conocidas históricamente, en su apogeo el mundo musulmán se concibió a sí mismo como el centro de la verdad y la ilustración, rodeado por bárbaros infieles a quienes ilustraría y civilizaría a su debido tiempo. Pero entre los grupos distintos de bárbaros había una diferencia esencial. Los bárbaros del este y del sur eran politeístas e idólatras y no representaban una amenaza real para el Islam ni tampoco una competencia. En cambio, los musulmanes reconocieron desde el inicio que al norte y al oeste existía un auténtico rival: una religión mundial poderosa, una civilización distintiva nacida de esta religión y un imperio que, aunque más pequeño que el suyo, no era menos ambicioso en sus exigencias y aspiraciones. Se llamaba la cristiandad, término que durante mucho tiempo fue casi sinónimo de Europa.

La lucha entre estos dos sistemas rivales ha durado ya alrededor de catorce siglos. Empezó con el advenimiento del Islam, en el siglo VII, y ha continuado virtualmente hasta el presente. Ha consistido en una larga serie de ataques y contraataques, *yibads* y cruzadas, conquistas y reconquistas. Durante los primeros mil años el Islam llevó la delantera y la cristiandad estuvo en retroceso y bajo amenaza. La nueva fe conquistó las antiguas regiones cristianas del Levante y de África del norte, invadió Europa y reinó un tiempo en Sicilia, España, Portugal e, inclu-

so, en parte de Francia. El intento por parte de los cruzados de recuperar las tierras perdidas de la cristiandad al este fue detenido y contrarrestado, e incluso la pérdida del sudoeste de Europa en la Reconquista se vio ampliamente recompensada por los avances islámicos al sudeste de Europa, que en dos ocasiones llegaron hasta Viena. En los últimos trescientos años, desde el fracaso del segundo sitio de Viena por parte de los turcos en 1683 y el ascenso de los imperios coloniales europeos en Asia y África, el Islam ha estado a la defensiva y la civilización cristiana y poscristiana de Europa y de sus hijas ha atraído al mundo entero, incluyendo el Islam, hacia su órbita.

Desde hace ya mucho tiempo ha habido una ola creciente de rebeldía contra este predominio occidental y un deseo de reafirmar los valores musulmanes y restaurar la grandeza del Islam. El musulmán ha pasado por etapas sucesivas de derrota. La primera fue su pérdida de dominio en el mundo frente al poder creciente de Rusia y Occidente. La segunda fue el debilitamiento de su autoridad en su propio país gracias a la invasión de ideas, leyes y modos de vida foráneos y a veces hasta de gobernantes o colonizadores extranjeros, y a la aceptación de elementos no musulmanes. La tercera –la gota que derramó el vaso– fue el desafío de su supremacía en su propia casa por parte de mujeres emancipadas e hijos rebeldes. Era pedir demasiado, y el estallido de ira ante estas fuerzas ajenas, impías e incomprensibles que subvirtieron su dominio, desordenaron su sociedad y, a la postre, violaron el santuario de su hogar, fue inevitable. También fue natural que esta ira se dirigiera principalmente hacia el enemigo milenario y que se fortaleciera con antiguas creencias y lealtades.

¿Europa y sus hijas? La frase puede resultarle extraña a los estadounidenses, cuyos mitos nacionales, desde el inicio de su independencia, e incluso desde antes, han definido su identidad en oposición a Europa, como algo nuevo y radicalmente distinto de las viejas costumbres europeas. Sin embargo, los demás no lo conciben así; rara vez en Europa y casi nunca en cualquier otra parte.

En las regiones del Islam se sabía realmente muy poco acerca de América. Al principio los viajes de descubrimiento despertaron algo de interés; el único ejemplar que sobrevive del mapa de América perteneciente al propio Colón es una traducción y adaptación turca que aún se preserva en el museo Topkapi en Estambul. Uno de los primeros libros impresos en Turquía fue el relato que hizo un geógrafo turco en el siglo XVI acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo, que se titula *La historia de la India occidental*. Pero en adelante el interés disminuyó y dejó de haber información importante sobre América en turco, árabe u otros idiomas musulmanes hasta fecha relativamente tardía. Un embajador marroquí que se encontraba en España por esas épocas escribió lo que equivale seguramente a la primera historia árabe de la revolución estadounidense. El sultán de Marruecos firmó un tratado de paz y amistad con los Estados Unidos en 1787 y, en adelante, la nueva república estableció diversos contactos –algunos amistosos, otros hostiles,

la mayor parte comerciales—con otros Estados musulmanes. Pero esto no hizo mella ni de un lado ni del otro. La revolución estadounidense y la república a la que dio vida pasaron inadvertidas y fueron ignoradas durante mucho tiempo. Incluso la presencia pequeña pero creciente de los Estados Unidos en tierras musulmanas en el siglo XIX —comerciantes, cónsules, misioneros y profesores— apenas despertó curiosidad y casi no se menciona en los escritos y los periódicos musulmanes de la época.

A causa de la Segunda Guerra Mundial, de la industria petrolera y de los sucesos de la posguerra muchos estadounidenses empezaron a viajar a tierras islámicas; asimismo, comenzó a haber cada vez más musulmanes en los Estados Unidos, primero como estudiantes, luego como profesores, comerciantes o meros visitantes y, poco a poco, como inmigrantes. El cine y luego la televisión mostraron el modo de vida estadounidense, o al menos una de sus versiones, a millones de seres para los cuales el nombre de los Estados Unidos antes había carecido de importancia o incluso era desconocido. Una gama amplia de productos estadounidenses, sobre todo en los primeros años de la posguerra, cuando la competencia europea casi no existía y aún no había surgido la competencia japonesa, llegó a los mercados más remotos del mundo musulmán, con lo cual se generaron nuevos clientes y, quizá más importante, se crearon nuevos gustos y ambiciones. Para algunos, los Estados Unidos representaban libertad y justicia y oportunidad. Para muchos otros, representaban riqueza y poder y éxito, en un momento en que estas características no se consideraban pecados o crímenes.

Y entonces sobrevino el gran cambio, cuando los líderes de un renacimiento religioso extenso y creciente buscaron a sus enemigos y los identificaron como enemigos de Dios y les dieron “una ubicación y un nombre” en el hemisferio occidental. De repente, o así pareció, los Estados Unidos se convirtieron en el enemigo número uno, la encarnación del mal, el adversario diabólico de todo lo que es bueno y, específicamente para los musulmanes, del Islam. ¿Por qué?

#### *Algunas acusaciones comunes*

La causa que se cita con más frecuencia para explicar el anti-norteamericanismo actual de los musulmanes es el apoyo de los Estados Unidos a Israel. Este apoyo sin duda es un factor de importancia, que ha aumentado con la cercanía y la colaboración. Sin embargo, una vez más pueden señalarse aquí algunas incongruencias, difíciles de explicar en términos de una sola causa simple. En los inicios de la fundación de Israel los Estados Unidos marcaron su distancia; en cambio, la Unión Soviética otorgó *de jure* su reconocimiento y su apoyo inmediatos, y los armamentos enviados de parte de un satélite soviético, Checoslovaquia, salvaron al naciente Estado de Israel de la derrota y la muerte durante sus primeras semanas de vida. No obstante, estas políticas no parecieron haber provocado inquina hacia la Unión Soviética ni tampoco buena voluntad hacia los Estados Unidos. En 1956 los Estados Unidos fueron los que mediaron,

enérgica y decisivamente, para asegurar el retiro de las fuerzas israelíes, británicas y francesas de Egipto; sin embargo, a finales de esa misma década y durante los años sesenta los dirigentes de Egipto, Siria, Irak y otras naciones pidieron armamento a los soviéticos y no a los Estados Unidos, y fue con el bloque soviético con el que establecieron vínculos de solidaridad en las Naciones Unidas y en el mundo en general.

La aversión contra los Estados Unidos, y más generalmente contra Occidente, no se limita al mundo musulmán; asimismo, tampoco es cierto que los musulmanes, con la excepción de los mulás iraníes y de sus discípulos en otras partes, sean los que han experimentado y expresado las manifestaciones más virulentas de este sentimiento. La actitud de desilusión y hostilidad ha afectado a muchas otras partes del mundo e, incluso, ha llegado a algunos sectores de los Estados Unidos. Es de parte de estos últimos, que hablan a título personal y se erigen como portavoces de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo, de donde provienen las explicaciones—y justificaciones— más ampliamente difundidas de este rechazo de la civilización occidental y de sus valores.

Las acusaciones son de sobra conocidas. A nosotros los occidentales se nos acusa de sexismo, racismo e imperialismo, institucionalizados en el patriarcado y la esclavitud, la tiranía y la explotación. Ante estas acusaciones, y otras igualmente infames, no nos queda otra opción que declararnos culpables: no en tanto estadounidenses u occidentales, sino simplemente como seres humanos, como miembros de la raza humana. En la comisión de estos pecados no somos los únicos pecadores y, en algunos de ellos, no somos ni de lejos los peores. El trato a las mujeres en el mundo occidental, y más generalmente en la cristiandad, siempre ha sido desigual y a menudo opresivo, pero incluso en sus peores momentos fue mejor que el régimen de poligamia y concubinato que ha sido la suerte casi universal de las mujeres en este planeta.

De todas estas ofensas la que se denuncia con más amplitud, frecuencia y vigor es sin duda la del imperialismo: a veces sólo de Occidente, a veces de Oriente (es decir, soviético) y de Occidente a la par. Pero la manera en que se utiliza este término en los escritos de los fundamentalistas islámicos sugiere a menudo que quizá no tenga el mismo significado para ellos que para los críticos occidentales. En muchos de estos escritos se le da un sentido claramente religioso al término de “imperialista”; se usa en relación —a veces indistintamente— con “misionero” y denota una forma de ataque que incluye a las Cruzadas y a los imperios coloniales modernos. Asimismo, uno a veces se queda con la impresión de que la ofensa del imperialismo no es —como para los críticos occidentales— el sometimiento de un pueblo por otro, sino más bien la asignación de papeles en esta relación. Lo que es realmente malo e inaceptable es que los infieles sometan a los creyentes auténticos. El hecho de que los creyentes verdaderos gobiernen a los infieles es correcto y natural, pues esto coadyuva al mantenimiento de la ley sagrada y les da a los infieles tanto la oportunidad como el incentivo para adoptar la fe verdadera.



Pero que los infieles gobiernen a los creyentes verdaderos es blasfemo y antinatural, pues conduce a la corrupción de la religión y la moral dentro de una sociedad, y al escarnio o incluso la anulación del mandato de Dios.

#### *El choque de civilizaciones*

Los orígenes del secularismo en Occidente pueden hallarse en dos circunstancias: en las primeras enseñanzas y, sobre todo, experiencias cristianas, que crearon dos instituciones, la Iglesia y el Estado, y en los conflictos cristianos posteriores, que las dividieron. Los musulmanes también tuvieron sus desacuerdos, pero nada que se asemejara ni remotamente a la ferocidad de las luchas cristianas entre protestantes y católicos que devastaron a la Europa cristiana en los siglos XVI y XVII y que finalmente, en la desesperación, condujeron a los cristianos a desarrollar una doctrina que separara religión y Estado. Aparentemente, sólo al despojar a las instituciones religiosas de su poder coercitivo pudo la cristiandad restringir la intolerancia asesina y la persecución que los cristianos infligieron a los seguidores de otras religiones y, sobre todo, a quienes profesaban alguna variedad de su propia fe.

Los musulmanes no experimentaron una necesidad semejante ni desarrollaron una doctrina parecida. No hizo falta el secularismo en el Islam e, incluso, su pluralismo difirió mucho del paganismo del imperio romano tan vívidamente descrito por Edward Gibbon cuando comentó: "Para la gente los distintos cultos que predominaban en el mundo romano eran todos por igual verdaderos; para el filósofo, todos por igual falsos, y para el magistrado, todos por igual útiles". El Islam nunca estuvo dispuesto, ni en la teoría ni en la práctica, a otorgar la igualdad a quienes profesaban otras creencias y practicaban otros cultos. Sin embargo, a los poseedores de una verdad parcial sí les otorgó un grado de tolerancia práctica y teórica rara vez parangonada en el mundo cristiano antes de que Occidente adoptara una forma de secularismo a finales de los siglos XVII y XVIII.

En un principio, la respuesta musulmana a la civilización occidental fue de admiración y emulación: un respeto inmenso por los logros de Occidente y un deseo de imitarlos y adoptarlos. Sin embargo, en nuestra época esta actitud de admiración y emulación se ha convertido, para muchos musulmanes, en una de hostilidad y rechazo. En parte, esta actitud se debe seguramente a un sentimiento de humillación: la conciencia creciente, entre los herederos de una civilización antigua, orgu-

llosa y durante mucho tiempo dominante, de que aquellos a quienes consideraban inferiores los han atajado, sometido y arrollado. En parte, también, se debe a acontecimientos ocurridos en Occidente mismo. Un factor de importancia capital fue sin duda el efecto de dos grandes guerras suicidas, en las que la civilización occidental se despedazó e infligió una destrucción incalculable a su propia gente y a otros, y en las que las partes beligerantes llevaron a cabo un enorme esfuerzo de propaganda, en el mundo islámico y en otros lugares, para desacreditarse y debilitarse unas a otras.

A fin de cuentas, la lucha de los fundamentalistas es contra dos enemigos: el secularismo y la modernidad. La guerra contra el secularismo es consciente y explícita y actualmente existe ya toda una serie de escritos donde se denuncia el secularismo como una fuerza neopagana y maldita del mundo moderno que se atribuye a los judíos, a Occidente y a los Estados Unidos. La guerra contra la modernidad no es, en su mayor parte, ni



Ilustración: LETRAS LIBRES / Mauricio Gómez Morán

consciente ni explícita y se dirige a todo el proceso de cambio que ha ocurrido en el mundo islámico a lo largo del siglo XX, e incluso antes, y que ha transformado las estructuras políticas, económicas, sociales y hasta culturales de los países musulmanes. El fundamentalismo islámico le ha dado un propósito y una forma al resentimiento y al enojo —de otro modo carentes de propósito e informes— de las masas musulmanas frente a las fuerzas que han devaluado sus valores y lealtades tradicionales y que, a la larga, los han despojado de sus creencias, sus aspiraciones, su dignidad y, en un grado cada vez mayor, incluso de su *modus vivendi*.

Hay algo en la cultura religiosa del Islam que produce, hasta en el campesino o buhonero más humilde, una dignidad y una cortesía hacia los otros nunca superada y rara vez igualada por otras civilizaciones. Sin embargo, en épocas de revuelta y de desorden, cuando se agitan pasiones más hondas, esta dignidad y esta cortesía hacia los otros pueden transformarse en una mezcla explosiva de ira y odio que impele incluso al gobierno de un país antiguo y civilizado —incluso al vocero de una gran religión espiritual y ética— a adoptar los métodos del secuestro y la matanza y a buscar, en la vida del Profeta, la aprobación y hasta algún precedente para tales acciones.

Es indudable que hoy en día nos enfrentamos a una actitud

y a un movimiento que trascienden con mucho el simple nivel de los intereses, las políticas y los gobiernos que los ejecutan. Se trata, ni más ni menos, de un choque de civilizaciones: la reacción quizá irracional, pero sin duda histórica, de un rival antiguo contra nuestra herencia judeocristiana, nuestro presente secular y la expansión mundial de ambos. Es de vital importancia que, por nuestra parte, no nos dejemos arrastrar hacia una reacción igualmente histórica, pero también igualmente irracional, contra ese rival.

El movimiento que hoy en día se llama fundamentalismo no es la única tradición islámica. Hay otras, más tolerantes, más abiertas, que favorecieron los grandes logros de la civilización islámica en el pasado, y no nos queda más que esperar que estas otras tradiciones acaben por imponerse. Pero antes de que se resuelva esta cuestión habrá una lucha difícil, en la que nosotros los occidentales no podremos hacer gran cosa. Incluso intentarlo puede ser dañino, pues estos son problemas que los musulmanes deben dirimir entre ellos. Mientras tanto, a nosotros nos corresponde actuar con gran cautela para evitar el peligro de una nueva era de guerras religiosas, que surja de la exacerbación de diferencias y de la reaparición de viejos prejuicios. —

— Traducción de Tedi López Mills  
Reproducido con la autorización del autor

Las mejores novelas no están en la T.V.

librerías  
**gandhi**<sup>®</sup>  
www.gandhi.com.mx